



vuestrós juicios, son rectos (1). Elevado Focas al imperio por una acción tan detestable, procuró ganar los pueblos honrando la Santa Sede, cuyos privilegios confirmó. Pero ya estaba pronunciada su sentencia. Heraclio, proclamado emperador por el ejército de Africa, marchó contra él. Entonces experimentó Focas que ordinariamente las disoluciones dañan más á los príncipes que las crueldades, porque Fotino, cuya mujer había violado, le entregó á Heraclio, que hizo matarle. Vió un poco despues la Francia una más extraordinaria tragedia. Entregada la reina Brunequilda á Clotario II, fué sacrificada á la ambicion de este príncipe, abominada su memoria, y su virtud tan alabada del papa San Gregorio, aún tiene dificultad en defenderse. Estaba entre tanto asolado el imperio. El rey de Persia Chosroas II, con el pretexto de vengar á Mauricio, había emprendido la ruina de Focas. Adelantó sus conquistas en tiempo de Heraclio. Vióse el emperador derrotado, y la verdadera cruz arrebatada de los infieles; despues, con una maravillosa alternacion, Heraclio cinco veces vencedor, la Persia penetrada de los romanos, Chosroas muerto de su hijo, y recobrada la Santa Cruz. Así es como por diversa senda vuelven á emprender su carrera el Oriente y el Occidente; el primero se enerva cada vez más, mientras conserva en depósito la antigüedad y las tradiciones asiáticas; y en el segundo, los bárbaros destruyen el edificio de los siglos y borran hasta el nombre del romano imperio. Aquella pasión de independéncia, que no sufre nada fijo, nada duradero, nada obligatorio, no podia cimentar convenientemente ninguna sociedad, por lo cual puede decirse que la mision de los bárbaros se limitaba á destruir; pero nótese que entre ellos se conservaba ileso el instinto de libertad, que en Roma había sido sofocado por las instituciones.

Bárbaro era el hombre, mas no tan corrompido como entre las gentes civilizadas que habían abusado de todas las doctrinas y de todos los goces; ni su brutalidad era tan deshonorosa como la refinada disolucion de Roma. Aquellos

(1) Psalm. CXVIII. III, 1. 69. II, 3. XIV, 22. 49.

vigorosos caracteres, que no sabian obedecer, sabian sin embargo sacrificarse, y conservaban además una chispa de aquel sentimiento de honor, desconocido de la antigüedad, y del cual iba en lo sucesivo á valerse el cristianismo para formar la conciencia é instituir la obediencia racional. Por tanto, los bárbaros regeneraban por medio de la fuerza las desencaminadas poblaciones, al paso que el amor inermemente las asociaba; que si alguna vez aparece materialmente en la Historia el *orden visible de la Providencia*, nunca campea con más claridad que en aquella época, en que redundaron en provecho de la humanidad indecibles desventuras. Alzabase sobre aquel caos de sangre y de ruinas un espíritu superior á todas las vicisitudes; y al paso que los bárbaros extendian sus conquistas, venian ellos mismos á ser conquistados para la Cruz, esto es, para la civilizazion; las naciones, aventadas, digámoslo así, por la violencia de las armas, se reunian bajo la influencia de la cosa más libre del mundo: el sentimiento religioso. Donde quiera que el signo de la católica unidad apareció impreso, el Asia perdió la esperanza de prevalecer sólidamente. El cisma religioso pareció consolidar la separacion del Oriente y Occidente: Francia, Inglaterra, España, Alemania é Italia, fundaron nuevos Estados y sacaron de las regiones septentrionales un elemento desconocido del mundo asiático, la libertad personal que los vencidos supieron conquistarse, cuando, pasado apenas el tumulto de la invasion, les fué dado mirar cara á cara á sus vencedores. Con los longobardos concluye aquella emigracion de los pueblos septentrionales, que duraba por espacio de siglos, y ellos mismos comenzaron á rechazar las hordas guerreras, oponiéndoles los muros de nuevas ciudades bajo la tutela de la Cruz. La civilizazion vencida ejerce su reaccion sobre los vencedores civilizándolos. La conversion procedente del Mediodia marcha hácia el Septentrion, difundiendo entre las armas ideas de paz, de orden y caridad, y enseñoreándose del poder por el medio más legítimo: la inteligencia. Las ventajas producidas por la invasion de los pueblos del Norte, son visibles hasta para



los más cortos de vista, comparando la desoladora monotonia y el lento agonizar del imperio de Oriente con la resucitada civilizazion de Europa, donde lo antiguo se mezcla y encuentra en disonancia con lo moderno. Aquí las gracias y los defectos de una sociedad de inexperta infancia, figuran al lado de las ventajas de una generacion adulta; los ánimos son ingenuos, pero los afectos profundos; contrahechas y hasta monstruosas las formas, pero graciosos los conceptos; sumisos y generosos los corazones, mas no por eso ménos fuertes é inflexibles los caracteres; la ignorancia anda confundida con la pedanteria y con el talento, y la groseria con las emociones. Ya vagaban en los ánimos las ideas de los tiempos pasados; pero causaban un inquieto temor, como las inspiraciones internas que no hallan medio de manifestarse. De aquí provinieron aquel fondo de melancolia predominante, las habituales imágenes de la muerte, los repetidos temores del fin del mundo, aquellas sublimes locuras, aquellas virtudes nuevas, y los tres hechos culminantes de la época; á saber: la expiacion religiosa, la opresion y la resistencia, que al fin triunfó, é hizo que el Oriente se lanzara vigoroso á la conquista de la moderna civilizazion.

#### EPOCA NOVENA

##### Mahoma

Años  
despues de  
J.-C.  
622 á 800

Una vasta peninsula del S. O. de la Arabia, poblada por los ismaelitas, sabeos y sarracenos, es el teatro donde Mahoma desenvuelve la acción del más bárbaro y sangriento fanatismo, vencido y humillado á la larga de los siglos por España, cuyo pendon cristiano, lábaro santo de la Edad media, no será nunca suficientemente celebrado por la indiferente Europa.

Mahoma, nacido en la Meca y dedicado al comercio de las carabanas, recorrió la Siria y la Persia, estudió algunas costumbres y creencias de aquellos pueblos, y á la edad de cuarenta años dió principio á la predicacion de su doctrina, mezcla bárbara, sensual é informe de judaismo y cristianismo, engalanada con frases y preceptos de todo punto bajos y sensuales, que convidaban á la molice asiática al

logro de repugnantes vicios. Donde no alcanza la persuasion de su sensual doctrina, llega el filo de la sangrienta cimitarra; conquista á sangre y fuego la Arabia, intenta dominar en todo el Oriente, envia embajadores á todos los soberanos de aquellas regiones, y en esta soñada victoria universal, su misma mujer le arrebató la vida por medio del veneno para convencerse de su mortalidad. El *Koran* es el código religioso y político de Mahoma, del cual nos ocuparemos en lugar oportuno.

A la muerte de Mahoma estalla un verdaderísimo cisma entre sus sectarios, y diviéndose en sunnitas y schiitas. Abu-Bekr, Omar, Othman y Alí sucedieron á Mahoma, apoderándose de la Siria y de Damasco, derrotando á Heraclio, conquistando á Jerusalem, venciendo á los persas y preparando sus huestes contra el Occidente. Walid somete el Asia hasta el Indo, y Tarick y Muza invaden la Peninsula Ibérica.

La historia española, velada hasta ahora en los grandes sucesos del imperio de Roma, en las luchas de este con Cartago y en los comienzos de aquella maravillosa monarquía visigoda, se nos ofrece ahora en primer término en la historia del mundo, digna de especialísima mención.

Desde el principio del siglo V al siglo VII, época de Suintila, atraviesa España por las vicisitudes de las conquistas llevadas á término por los primeros reyes godos y por la lenta constitucion de la monarquía, del Estado, de la propiedad y de la fusion de razas, hasta que Recaredo I, en el último tercio del siglo VI, se convierte á la fe católica y abjura del arrianismo en el concilio III de Toledo, en 589; concilio, sin duda, el más notable é importante del Occidente en aquellos dias, cuyo hecho prepara á las generaciones de España á salvar á Europa del poder del bárbaro y sensual mahometismo.

Suintila, Sisenando, la gran figura del illustre San Isidoro, arzobispo de Sevilla, Chindasvinto, el *Fuero Juzgo*, Wamba, prodigio de heróico desprendimiento, Ervigio, Egica y don Rodrigo, son los personajes más notables de esta época de la historia de España, que si bien representa la benéfica influencia del sábio ele-



ro en la educación social, su amor á las ciencias, su importancia suma en los órdenes todos de la vida, tambien nos ofrecen tristes cuadros de intestinas luchas, inspiradas por la soberbia y los vicios, causa primordial de la impotencia de la que fué un tiempo vigorosa monarquía, y que ya en tiempo de D. Rodrigo no pudo resistir el primer empuje de los sarracenos en 711 á orillas del Guadalete.

Mas si la España de D. Rodrigo, con sus debilidades y miserias, cayó como una débil esclava vencida y ensangrentada bajo la bárbara cimitarra de los árabes; la España de los concilios de Toledo, la España augusta, la España de San Isidoro, no murió ni ha muerto: dió muestras de su grandeza y virilidad y fe en Covadonga, y de allí salió para repetir á lo largo de los siglos hasta las puertas de Granada el grito santo de independencia católica en España, el cual no ha dejado todavía de oírse en cuantos solemnes momentos de su vida histórica se ha tocado en su corazón á la fibra de la fe.

Establecido el califato de Córdoba en 755, los emires Abdelasis, Ayub y Alahor, se dedicaron á asegurar sus conquistas. Abderrhman, nuevo Atila, cuyo genio impetuoso logró imponerse por algun tiempo, halló en los muros de Tours y en el ánimo de Carlos Martel una completa derrota, repetida más tarde en sus sucesores, en cien combates, en las llanuras de Castilla.

Aquí dió principio la epopeya de la Reconquista española; período gloriosísimo de nuestra historia, al que consagraremos especial estudio en nuestra narración.

Volviendo nuestra consideración á la marcha general del mundo, inaugurábase en Francia durante esta época la dinastía Carlovingia, la cual realizó la misión providencial de dar estabilidad y fijeza á los estados erigidos en Europa, despues de la invasión de los pueblos bárbaros del Norte.

El Mediodía, dice Cantú al tratar de esta época, prepara con Mahoma una reacción terrible.

El árabe, poeta, guerrero sin generosidad, profeta sin milagros, ostentando entre sus rui-

nas una religion sin misterios, un culto sin sacerdocio, una moral fundada en los deleites, una misión sin más credenciales que el exterminio, sacrificó más víctimas que todas las antiguas creencias. El islamismo comienza por una tribu, y de allí á medio siglo habia sometido por la fuerza cuanto se comprende entre el Tigris y el Eufrates, la Siria, la Palestina hasta el Mediterráneo, y las fronteras del Asia Menor, hasta el Táuro; poco despues se dilata por las costas de Africa, y amenaza á un mismo tiempo la Persia y la España, la India y el imperio de Bizancio; ni dejará la cimitarra hasta que embotada trate en vano de darle nuevo temple con la civilización europea.

Es aquella misma raza que vimos sucumbir con Cartago; es la misma lucha, renovada bajo el aspecto de dos religiones; es otra emigración, pero no lleva en pos de sí la libertad como la septentrional, ni humillará, como esta, sus armas al encontrarse en frente de la Cruz; antes por el contrario, lo que desea es anonadar la florida civilización del Occidente, y establecer el despotismo en las cosas temporales y espirituales, y la esclavitud y la humillación de la mujer. Africa y Asia pierden entonces cuanto habian adquirido de Europa; mas por fortuna el pendon del islamismo tropieza en Oriente con los muros de Constantinopla, y en Occidente con la Francia de Carlos Martel, y la tizona del Cid.

Pero apaciguado el primer ímpetu, los califas cooperan á la civilización, conservando el saber, promoviendo nuevos descubrimientos entre los errores de un pueblo esclavo y supersticioso, y cultivando las artes de lo bello y de lo verdadero; así es que la Europa debia aprender de aquí la gaya ciencia, el romance, la dialéctica, la quimica, las matemáticas y la astronomía. Por otra parte, la unidad de la creencia agrupa las tribus dispersas y guerreras de la Arabia, las cuales, penetrando en el corazón de Asia y Africa, resucitan allí el comercio, dan á Basora, Damasco y el Cairo la eclipsada prosperidad de Bizancio y Alejandria, abren el tráfico con la China y Tombuctu, educan á los malayos y á los habitantes de las Molucas, é imponen su idioma y hasta su culto



á los cafres, despertando entre los idólatras el conocimiento de la pura unidad de Dios.

En tanto que el poder de los persas estaba tan reprimido, se levantó un mayor mal contra el imperio y contra toda la cristiandad. Elevóse Mahoma á profeta entre los sarracenos; y echado de la Meca por los suyos, comenzó desde su fuga la famosa *Hegira*, desde donde cuentan sus años los mahometanos. El falso profeta dió sus victorias por única señal de su misión. Sujetó en nueve años, ó de grado ó de fuerza, toda la Arabia, y echó los fundamentos del imperio de los califas. Juntóse á estos males la herejía de los monotelitas, que por una extravagancia casi incomprensible, conociendo en Nuestro Señor dos naturalezas, no querian conocer en él sino una sola voluntad. El hombre, segun ellos, nada queria, y no habia en Jesucristo sino sola la voluntad del Verbo. Ocultaban estos herejes su veneno bajo palabras ambiguas; un falso amor de paz les hizo proponer que no se hablase de una ni de dos voluntades. Engañaron con estos artificios al papa Honorio I, que entró con ellos en un pernicioso temperamento, y consintió en un silencio en que la mentira y la verdad fueron igualmente suprimidas. Por colmo de la desgracia, el emperador Heraclio intentó algun tiempo despues decidir la cuestion de propia autoridad, y propuso su ecthesis, ó exposicion favorable á los monotelitas; pero, en fin, fueron descubiertos los artificios de los herejes. El papa Juan IV condenó el ecthesis. Constantino, nieto de Heraclio, sostuvo el edicto de su abuelo por el suyo, llamado tipo. La Santa Sede y el papa Theodoro se oponen á este intento. El papa San Martin junta el concilio lateranense, en que anatematiza el tipo y las cabezas de los monotelitas. San Máximo, célebre en todo el Oriente por su piedad y su doctrina, abandona la corte infecta de la nueva herejía, reprende descubiertamente á los emperadores que habian osado decidir sobre cuestiones de la fe, y padece infinitos trabajos por la religion católica. Arrastrado el papa de destierro en destierro, y siempre rigurosamente tratado por el emperador, muere en fin entre sus penalidades, sin lamentarse, sin aflojar en nada de lo que debe

á su ministerio. Entre tanto, la nueva Iglesia anglicana, fortificada por el desvelo de los papas Bonifacio V y Honorio, se hacia célebre por todo el mundo. Los milagros abundaban en ella con las virtudes, como en tiempo de los apóstoles, y nada resplandecia tanto como la santidad de sus reyes. Eduino abrazó con todo su pueblo la fe, que le habia dado la victoria contra sus enemigos, y convirtió á sus vecinos. Oswaldo sirvió de intérprete á los predicadores del Evangelio, y famoso por sus conquistas, les prefirió la gloria de ser cristiano. Los mercianos fueron convertidos por Osuino, rey de Nortumberland; sus vecinos y sus sucesores siguieron sus pasos, y fueron inmensas sus buenas obras. En el Oriente todo se iba arruinando. En tanto que los emperadores se consumen entre las disputas de la religion é inventan herejías, los sarracenos penetran el imperio, ocupan la Siria y la Palestina, la Santa ciudad se les sujeta, la Persia les está abierta por sus divisiones, y toman este gran reino sin resistencia, entran en Africa en estado de reducirla bien presto á provincia suya, la isla de Chipre les obedece, y en ménos de treinta años juntan todas estas conquistas con las de Mahoma.

La Italia, siempre infeliz y abandonada, gemia bajo las armas de los lombardos. Constante desesperó de echarlos, y se resolvió á talar lo que no podia defender. Más cruel aún que los lombardos, solamente fué á Roma por saquear sus tesoros; las iglesias no quedaron exentas, arruinó la Cerdeña y la Sicilia, y hecho odioso á todos, pereció á manos de los suyos. En tiempo de su hijo Constantino Pogonato, que significa el *Barbudo*, se apoderaron los sarracenos de la Cilicia y la Licia, y á Constantinopla, sitiada, sólo pudo salvar un milagro. Los bulgaros, pueblos venidos de la embocadura del Volga, se juntaron á los muchos enemigos de que estaba oprimido el imperio, y ocuparon aquella parte de la Tracia, llamada despues Bulgaria, que era la antigua Misia. Nacian de la iglesia anglicana nuevas iglesias, y San Wilfrido, obispo de Yorck, echado de su silla, convirtió la Frisia. Recibió toda la Iglesia una nueva luz con el concilio de Constantino-



pla, sexto general, que presidió por sus legados el papa San Agatón y explicó la fe católica por una carta maravillosa. Fulminó el concilio el anatema contra un obispo, célebre por su doctrina; contra un patriarca de Alejandria y contra cuatro patriarcas de Constantinopla, que son en suma todos los autores de la secta de los monotelitas, sin eximir al papa Honorio que los había temporizado. Despues de la muerte de Agatón, que sucedió durante el concilio, confirmó el papa Leon II sus decisiones y aprobó todos los anatemas. Constantino Pogonato, imitador del gran Constantino y de Marciano, entró á su ejemplo en el concilio, hizo como ellos las mismas sumisiones, y fué allí honrado con los mismos títulos de ortodoxo, de religioso y de pacífico emperador y de restaurador de la religión. Su hijo Justiniano II le sucedió todavía niño. En su tiempo, la fe se extendía y resplandecía hácia el Norte. San Kiliano, enviado por el papa Conon, predicó el Evangelio en la Franconia. En tiempo del papa Sergio Ceadual, uno de los reyes de Inglaterra, fué en persona á prestar la obediencia á la Iglesia romana, de donde la fe había pasado á su Isla; y despues de haber recibido el bautismo de mano del papa, murió como él mismo había deseado. La casa de Clodoveo había caído en una lastimosa flaqueza: las frecuentes minoridades habían dado ocasión de habituár á los príncipes á una flojedad, de que nunca acertaban á salir siendo mayores. De aquí provino aquella larga serie de reyes perezosos, que no tenían sino el nombre de rey, y dejaban todo el poder á los maestros del palacio. Con este título, Pipino Heristel lo gobernó todo, y elevó su familia á las más altas esperanzas. Por su autoridad, y despues del martirio de San Vigberto, la fe se estableció en la Frisia, que acababa la Francia de añadir á sus conquistas. San Siviberto, San Willebrodo y otros varones apostólicos, sembraron el Evangelio en las provincias vecinas. Había entre tanto pasado felizmente la menor edad de Justiniano; las victorias de Leoncio habían abatido á los sarracenos y restablecido en el Oriente la gloria del imperio. Pero preso injustamente este gran capitán, y suelto fuera

de razon, cortó á su señor las narices y lo expelió. Igual tratamiento recibió este rebelde de Tiberio, llamado Absimaro, que tampoco se mantuvo mucho. Restablecido Justiniano, fué ingrato á sus amigos, y vengándose de sus enemigos, se hizo otros más formidables, que le mataron. No fueron en Roma recibidas las imágenes de Philippico, su sucesor, porque favorecía á los monotelitas y se declaraba enemigo del concilio sexto. Eligieron en Constantinopla á Anastasio II príncipe católico, y sacaron los ojos á Philippico. Por este tiempo, las disoluciones del rey Rodrigo pusieron la España en manos de los moros, que así nombraban á los sarracenos del Africa. Llamó el conde don Julian á estos infieles por vengar á su hija, violada de Rodrigo. Ellos pasan con tropas inmensas, el rey perece, la España queda cautiva, y el imperio de los godos extinguido en ella. Fué puesta entonces la Iglesia de España á una nueva prueba; pero enseñada á mantenerse firme bajo los arrianos, no pudieron los moros abatirla. Dejaronla al principio con bastante libertad, pero fué preciso en los siglos siguientes sufrir grandes combates, y la castidad tuvo sus mártires, así como la fe, bajo la tiranía de una nación no ménos brutal que infiel. No duró mucho el emperador Anastasio. Obligó el ejército á Teodosio III vestirse la púrpura. Fué forzoso pelear; el nuevo emperador ganó la batalla, y Anastasio fué puesto en un monasterio. Dueños los moros de la España, esperaban extenderse bien presto de la parte de allá de los Pirineos; pero Carlos Martel, destinado á reprimirlos, se había engrandecido en Francia y sucedido, aunque bastardo, en el poder de su padre Pipino Heristel, que dejó á su casa la Austrasia como una especie de principado soberano, y el mando en Neustria por el empleo de maestro del palacio. Todo lo reunió Carlos por su valor. Las cosas del Oriente estaban muy turbadas. Leon Isauró, prefecto de él, no reconoció por señor á Teodosio, el cual sin repugnancia dejó el imperio, que con repugnancia había admitido, y retirado á Ereso, solamente se ocupó en las verdaderas grandezas. Los sarracenos recibieron grandes golpes durante el imperio de Leon. Levantaron ignomi-



niosamente el sitio de Constantinopla. Pelayo, que se acantonó en las montañas de Astúrias con los godos más resueltos que tenía, despues de una señalada victoria, opuso á aquellos infieles un nuevo reino, que algun dia los echaria de España. A pesar de los esfuerzos y del inmenso ejército de Abderrahman, su general, ganó contra ellos Carlos Martel la famosa batalla de Tours. Pereció en ella un número infinito de aquellos infieles, y el mismo Abderrahman quedó en el campo. Fué seguida esta victoria de otras ventajas con que Carlos Martel detuvo los moros y extendió el reino hasta los Pirineos. Casi nada tenían ya entonces las Galias que no obedeciese á los franceses, y todos reconocian por señor á Carlos Martel. Poderoso en paz y en guerra, y dueño absoluto de la corona, reinó bajo muchos reyes, que hizo y deshizo á su arbitrio, sin atreverse á tomar este gran título, que los celos de los señores franceses así debían deslumbrarse. En Alemania se restablecía la religion. El sacerdote San Bonifacio convirtió aquellos pueblos, y fué allí hecho obispo por el papa Gregorio II que le había enviado. Gozaba el imperio de bastante tranquilidad; pero Leon introdujo la turbacion en él por largo tiempo. Intentó derribar, como ídolos, las imágenes de Jesucristo y de sus santos, y como no pudiese atraer á sus dictámenes á San Germano, patriarca de Constantinopla, cobró de propia autoridad, y despues de una ordenanza del Senado, se le vió inmediatamente romper una imagen de Jesucristo, que estaba colocada sobre la puerta principal de la Iglesia de Constantinopla. Este origen tuvieron las violencias de los iconoclastas, que significa rompe-imágenes. Las demás que los emperadores, los obispos y todos los fieles habían erigido desde la paz de la Iglesia en lugares públicos y particulares, fueron tambien abatidas. Alborotóse el pueblo á este espectáculo, y fueron en varias partes derribadas las imágenes del emperador. Creyóse ultrajado en su persona. Reconvinoselo con el ultraje semejante que hacía á Jesucristo y á sus santos, y que por su propia confesion la injuria hecha á la imagen recaía sobre el original. No se contuvo en esto la Italia. Negó al emperador por su im-

piedad los tributos ordinarios. Luitprando, rey de los lombardos, se sirvió del mismo pretexto para tomar á Rávena, residencia de los exarcas, así llamaban á los gobernadores que los emperadores enviaban á Italia. El papa Gregorio II se opuso al abatimiento de las imágenes, pero al mismo tiempo se oponía á los enemigos del imperio y procuraba contener los pueblos en la obediencia. Hizose la paz con los lombardos, y el emperador ejecutó su decreto contra las imágenes con más violencia que antes. Pero el célebre Juan de Damasco le dijo claramente que, en materia de religion, él no conocía otros decretos que los de la Iglesia, y padeció mucho. El emperador echó de su silla al patriarca San Germano, que murió en el destierro de edad de noventa años. Volvieron un poco despues los lombardos á tomar las armas, y en los trabajos que hacian padecer al pueblo romano, sólo los contuvo la autoridad de Carlos Martel, cuya asistencia el papa Gregorio II había implorado. El nuevo reino de España, que se llamaba en aquellos primeros tiempos el reino de Oviedo, se iba aumentando con las conquistas y conducta de Alfonso, yerno de Pelayo, que á ejemplo de Recaredo, de quien descendía, tomó el nombre de *Católico*. Murió Leon, y dejó así el imperio como la Iglesia, en una grande agitacion. Artabaso, pretor de Armenia, se hizo proclamar emperador en lugar de Constantino Coprónimo, hijo de Leon, y restableció las imágenes. Despues de la muerte de Carlos Martel, amenazó Luitprando nuevamente á Roma, el exarcado de Rávena estuvo en peligro, y la Italia debió su salud á la prudencia del papa San Zacarías. Embarazado Constantino en el Oriente, sólo cuidaba restablecerse; derrotó á Artabaso, tomó á Constantinopla y la llenó de castigos. Los dos hijos de Carlos Martel, Carlo-Magno y Pipino, habían sucedido en el poder de su padre; pero disgustado Carlo-Magno del siglo, en medio de sus grandezas y de sus victorias, abrazó la vida monástica. Por este medio reunió Pipino todo el poder en su persona; supole mantener con su gran mérito, y formó el designio de elevarse al trono. Childerico, el más infeliz de todos los príncipes, le abrió el camino y juntó á